A nadar con María Inés

Griselda Gambaro

Ilustraciones: Roberto Cubillas

loqueleo

Ustedes conocen seguramente la historia del pirata Pata de Palo, que asaltaba a los barcos en pleno océano, los despojaba de sus riquezas, arrojaba a sus tripulantes al mar y luego los hundía.

Ustedes conocen seguramente la historia de Tuerto con Parche, que hacía lo mismo que Pata de Palo.

No se sabe muy bien si estos piratas eran feroces porque habían perdido una pierna, un ojo, o habían perdido una pierna, un ojo, por ser tan feroces combatiendo con feroces espadas, puñales y cañones.

Esto me recuerda una historia, precisamente porque es opuesta a la de Pata de Palo y Tuerto con Parche. Es la historia de una señora que vive en la otra cuadra. Se llama María Inés y perdió la mitad de una pierna cuando era chiquita. Sin la ferocidad de Pata de Palo o Tuerto con Parche, ella nunca se dejó invadir por el enojo o el resentimiento por

haberla perdido. Al contrario, mantuvo su alegría y buen carácter, (con algunas tristezas y algunas rabietas); con media pierna de menos se movió igual que con dos, caminó, trepó, saltó, y hasta se fue al mar, ese mar que ya no tiene piratas pero que sigue siendo inmenso, con grandes olas y un genio impredecible: en un abrir y cerrar de ojos puede cambiar de la bonanza a las peores tormentas.

A María Inés le gustaría contarles su historia, que no solo tiene que ver con el agua salobre de todos los mares, sino también con el agua dulce de lagos y ríos.

Dice María Inés:

A la edad de cuatro años perdí la mitad de una pierna, la derecha.

No significa esto que la perdiera como una monedita o que esa mitad se desprendiera de mí y se fuera por su cuenta a tener una vida independiente. Vida independiente pero a los saltos, porque la mitad de una pierna separada del cuerpo no camina (y la pierna entera tampoco), da un paso adelante, ¿y quién da el paso siguiente?, anda a los saltos.

Y no conozco muchas piernas ni mitades de pierna a quienes les haya gustado separarse del cuerpo de su dueña para dedicarse a saltar por el mundo.

Yo creo que mi pierna no quería irse, estaba feliz conmigo y yo con ella.

¿Qué pasó entonces?

Un colectivo me atropelló cuando cruzaba la calle con mi mamá.

Yo me caí y mi pierna quedó debajo de una de las ruedas, la parte inferior tan aplastada como si la hubiera pisado un elefante. El elefante no lo hubiera hecho, ningún elefante tiene interés en aplastar a nadie. Tampoco el colectivo, pero el colectivo es un vehículo y depende de quien lo conduce. Y quien en esa oportunidad lo conducía era un distraído, un imprudente, o estaba cansado de manejar muchas horas y efectuó la maniobra equivocada: torció el volante en lugar de enderezarlo y nos atropelló, aunque no lo deseara.

Oí un chirrido y el grito de mi madre. Creo que yo también grité, los transeúntes gritaron, los perros ladraron, y el colectivero descendió del colectivo agarrándose la cabeza. Luego no recuerdo más.

Cuando desperté, estaba en una habitación que no conocía, de paredes blancas, y me faltaba la mitad de la pierna. Tenía, sin embargo, la sensación de que ella estaba ahí, pegada al resto del cuerpo, pero tocaba y no había nada.

Mi mamá estaba junto a mi cama y tenía una cara triste de día nublado. Yo le sonreí, aunque me sentía como en las nubes, un poco mareada, y le dije:

—Mamá, se fue mi pierna.

Y ella se puso a llorar. No lloró mucho para no afligirme, pero la expresión de tristeza no la abandonó. Yo quería a mi mamá de siempre, la que estaba contenta.

Sin muchas ganas, le guiñé un ojo, le saqué la lengua en broma, desparramé muecas como los monitos, pero en lugar de reírse, ella lloró de nuevo. ¿Qué le pasaba a esta señora, mi madre?

No sé qué le pasaba porque en ese momento la mitad de mi pierna ausente me habló.

Me dijo: "No te dejaré. Harás sin pierna –la mitad– lo que hiciste con pierna –entera".

Yo me eché a reír porque la frase me sonó graciosa. Me gustó más todavía cuando la entendí del todo: haría con la pierna que me quedaba, con un solo pie, lo que hubiera hecho con dos.

Y en esto estaba: pensando en treparme a los árboles, en jugar como siempre con mi hermana melliza y mi hermano mayor, y en todo lo que haría al regresar a casa, cuando vino el médico, me acarició la mejilla y dijo que yo era una niña valiente.

No disfruté mucho el elogio porque estaba muy cansada y en seguida me dormí.

Estuve más de dos meses en el hospital, extrañando mi casa. Pasé momentos felices cuando me traían regalos y momentos fastidiosos cuando me curaban.

Fue un gran día cuando me sacaron las vendas, aunque me dio un poco de impresión al principio porque lo que me quedaba de pierna estaba cosido y colorado. Sin embargo, fue un gran día. Y lo mismo cuando apoyé mi pie sano en el suelo y di unos pasos ayudada por una muleta que parecía de juguete.

Mi mamá seguía con su cara triste, un poco menos ahora porque yo mejoraba y, por suerte, nunca me había visto llorar por haber perdido un pedazo de pierna. Verdad que yo alguna pena sentía y ciertas veces pensaba en dónde andaría ese pedazo y si me recordaría.

En el hospital, todos me habían mimado

tanto que, me avergüenza decirlo, me había vuelto caprichosa y hasta impertinente. Rechazaba la comida y solo quería comer helado.

También me impacientaba cuando mi papá demoraba su visita.

—¡Quiero a mi papá! ¡Quiero a mi papá! —aullaba sin atender razones.

Él venía a la tarde después del trabajo y me traía caramelos y algún regalo: una muñeca, un oso de peluche.

Yo quería levantarme, y de hecho ya me levantaba y caminaba con la muleta; solo pensaba en jugar con mi hermana melliza y mi hermano mayor. Ellos también me visitaban, entraban a la habitación con caras muy serias, pero al rato corrían alrededor de mi cama, y a pesar de las protestas de mi mamá, que temía que me cayera, yo empecé a correr tras de ellos, no tanto a correr, sino a seguirlos como podía.

Un día, mi papá vino a buscarme para llevarme a casa. Yo lo esperaba sentada en el borde de la cama; en lugar de camisón tenía puesto un vestido a florcitas, y miraba curiosamente hacia abajo, donde la mitad de mi pierna no estaba.

Mi papá me abrazó fuertemente. Me dijo:

—Nos vamos a casa —y me alzó en brazos.

Sosteniendo mi muleta, mi mamá nos siguió por el pasillo del hospital y, ¿pueden creerlo?, todos, los médicos, las enfermeras, los padres de los chicos internados aplaudían, me llenaban de besos.

Detrás de nosotros, por fin contenta, mi mamá gorjeaba como un pajarito.